

Félix Armando Núñez

Elegía del presentimiento

I

LA MUERTE



un latigazo de la luz radiante
de nuevo emprenderán su ágil carrera.
las cuadrigas del día.

En la avasalladora marejada
de las voces alegres y los trinos
todo palpitará diáfananamente
como cuando la víspera ha llovido:
las alas de los pájaros,
el grito de los niños,
la risa de las jóvenes,
el gozoso relincho de los potros.
Irá por entre el raso de la yerba
la cosquilla sensual de los arroyos.
Flameará el cielo al aire luminoso
como el pendón azul de la alegría.

Subirán por el sol el abejeo
de las blancas escuelas
y el clarín de los vivos regimientos:
la gracia, la salud, la fuerza elástica.
Los sauces, que yo amé, darán al agua
su desmayada y dulce cabellera.
La sonora esmeralda de los tilos
esplenderá con su fulgor más verde
y su pululación de agudos cantos...

Mas, ya no alentaré en la luz amable
que me hizo delirar con sus mañanas
y sus islas de nubes vespertinas.
Habré sido aventado como helada ceniza
de la cósmica antorcha
donde todas las vidas su perfección alcanzan:
lejos del sol y lejos de las formas,
en la negra región inanimada
que no recorre el tiempo;
en el lúgubre abismo
desde donde la cima es ya imposible.

Oh! lloradme sin llanto, amigos fieles,
que nadie ha amado como yo la vida.

Oh! si pudiera renacer un día.

II

PENA

Pena que viene de invisibles muertes,
pena que viene de la nube gris,
pena que viene de un pasado triste
y de un incierto y breve porvenir.

Pena en la misma médula metida,
pena de amar y pena de vivir:
pena de no saber nuestro destino
y de tener un día que morir.

Y pena porque sí, porque uno es triste
y no puede con nada ser feliz,
y si lo es por azar, busca un pretexto
para sentirse huérfano y sufrir.

Pena tan nuestra que la amamos casi,
pena que es nuestra atmósfera sutil:
ay! de nosotros, si en su blando lecho
no se pudiera el corazón hundir.

III

CRIATURA DESVALIDA

El universo todo me huye, y me invade una fría
[sombra,

murciélago de alas viscosas y de tenebrosas costumbres,
amarga lluvia, llanto mío, mojada oscuridad sin alas.

El duelo sin causa me ahoga en un anochecer
[cualquiera:
ahoga mi alma y sus raíces como una erupción de ceniza,
como en difícil madrugada una deshecha despedida,
como la inundación del río de la muerte, que bronco
[suená.

Y la soledad me anonada como si nada fuese ya:
como si la soledad sola existiera en el ancho mundo,
y como si ella y la nada pasaran su pálida esponja
sobre los amables recuerdos y sobre los sentidos ávidos.

No hay ancla para tanto abismo, ni mente para
[recorrerlo
es un vértigo de caída sin fin por una espesa niebla
como en frecuentes pesadillas de la niñez, que no se
[olvidan,
como la negación de Dios frente a todas las decepciones.

Ay! horizonte fugitivo y densa niebla y vasto
[vértigo!
Si diera un grito interminable no llegaría a oído alguno.
Si llorara toda la vida, mi llanto no trascendería.
Ay! ¿dónde un infinito lecho de negro terciopelo herido?

Ay! ¿dónde una venda impregnada de la más íntima
[piedad?